The Library
of the
University of North Carolina

Endowed by The Dialectic
and
Philanthropic Societies

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

BUILDING USE ONLY

PQ6217
.T44
v.258
no.1-12

BUTO 8 1970
JEG

a 00002 751560

PQ6217
.T44
V.258
no.1-12

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
PROPERTY OF
LIBRARY
AT CHAPEL HILL

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/lamadredepelayod2581hart

6466

La madre del Pelayo

LA MADRE DE PELAYO,

DRAMA EN TRES ACTOS EN VERSO

DE

DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

VENT
GEOVAS.
RIN 2 MADRI

MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.
Marzo de 1846.

MER. Fuí preso
en un combate naval.

AZAEL. Y desde que Muza supo
tu infausta cautividad,
cada primavera envia
un emisario sagaz
que te rescate si quieres
adquirir la libertad,
y si no, de tí reciba
relacion individual
de lo que hubieres podido
en palacio averiguar
como esclavo de Vitiza,
que es rey de los godos ya.—
Esta vez vengo yo á Túi
de emisario.

MER. La señal.

AZAEL. Es este sello partido. (*Sácalo de la bolsa.*)

MER. Mira aquí la otra mitad. (*Sácala de la faja.*)

AZAEL. Confróntala.

MER. Está bien.

AZAEL. Dime
si te debo rescatar.

MER. Nada menos.—Cierta noche
fuí testigo presencial
de un lance que el rey á todos
quisiera siempre ocultar,
y desde entonces con él
gozo de una intimidad
como de cómplice.—Puedes
cuanto quieras preguntar.

AZAEL. Muza, ansioso de estender
el dominio musulman,
quiere saber si es ya tiempo
de que atravesando el mar,
cubra de blancos turbantes
la España meridional:
quiere saber si ese rey
que acaban de coronar
los godos, es enemigo
temible para el Islam,
si es amado de su pueblo,

y si por él lidiará.

MER. ¿Has estado tú en España
antes?

AZAEL. Sí.

MER. Entonces sabrás
que la pueblan, con mayor
ó menor antigüedad...

AZAEL. Sí, tres razas, primitiva
romana y setentrional,
sin contar la mia, siempre
aislada entre las demas.

MER. Tres pueblos hay aqui, dos
bien mezclados, y uno mal;
este, el godo, manda; aquellos
le sirven á su pesar.
Godo y español-romano
se tienen odio mortal:
los godos entre sí abrigan
intestina enemistad,
en dos bandos divididos
que se hacen guerra tenaz:
uno ha logrado á Vitiza
en el trono colocar;
otro pretende á Rodrigo
vestir la púrpura real:
nacion tan desavenida
fácil es de subyugar.

AZAEL. ¿Y el rey?

MER. Siempre fluctuando
entre la benignidad
y la violencia, á un delito
ya se ha dejado arrastrar:
si hay ocasiones que irriten
su fogoso natural,
no será el último. Pronto
muestras de sí nos dará.

AZAEL. ¿Pronto?

MER. Difunto su padre,
partió con celeridad
Vitiza á Toledo; allí
su coronacion legal
pudo obtener; aqui en tanto

se alzó la parcialidad
de Rodrigo, todavía
muy débil para luchar.
Vuelve Vitiza; al saberlo
se conmueve la ciudad;
Rodrigo con sus hechuras
toma un bajel y se va
de España; el rey á la reina
culpa de complicidad
con los rebeldes, y anula
el vínculo conyugal.
Hoy presos cien conjurados
aguardan con ansiedad
la sentencia: tú por ella
de Vitiza juzgarás.

AZAEL. ¿Temes un fallo severo?

MER. Si se llega á interesar
en favor de los culpados
Luz, misericordia habrá.

AZAEL. Luz...

MER. Es viuda de Favila,
un ilustre capitán
tio de Rodrigo: el rey
nada le sabe negar,
pues por ella arde en amor.

AZAEL. Vacío el lecho nupcial
del rey, ¿le ocupará Luz?

MER. ¡Oh! no lo permita Alá.
¡No tenga al lado Vitiza
nunca un genio tutelar
que le encamine hácia el bien
cuando se incline hácia el mal:
no! tiranice: los godos
su yugo rechazarán;
y cuando mire Sevilla
nuestra bandera ondear,
los romanos-españoles
de brazos se cruzarán
viendo impasibles la ruina
del trono peninsular,
cuya base no afirmaron
la justicia y la igualdad.

Contenga al Africa Muza;
deje á España acelerar
su pérdida propia; abrúmela
despues con la inmensidad
de su poder; y la España,
no hay duda, sucumbirá.

AZAEL. Gente viene.

MER. (*Señalando una puerta lateral.*)
Pasa alli.

AZAEL. Quisiera al rey presentar
unas joyas.

MER. No es ahora
tiempo; despues le verás. (*Vase Azael.*)

ESCENA II.

GERONCIO. — MERVAN.

GER. Siervo del rey, Dios te salve:
dirige por caridad
á un romano sacerdote
forastero en el lugar,
que necesita, que anhela
ver de Vitiza la faz.

MER. Mala hora de hablarle escoges.
Acabado de llegar
el rey á Túi, recibe
el parabien que le dan
los caudillos de Galicia.
Por aquí debe cruzar;
pero...

GER. Al paso puedo...

MER. Yo
te daré comodidad
para verle á medio dia.

GER. El viene.

MER. Pues calla ó sal.

ESCENA III.

VITIZA. ACOMPAÑAMIENTO. GUARDIAS. — MERVAN. GERONCIO.

VIT. Con gozo, ilustres varones,
con gratitud singular
las protestas escuché
de vuestra fidelidad:
al mismo tiempo justicia
vinisteis á reclamar;
id, príncipes godos, id
con mi promesa formal
de que daré á los rebeldes
una leccion ejemplar.
(*Vase el acompañamiento.*)
MER. Síguelos, clérigo. (*Aparte á Geroncio.*)
GER. (*Separándose de Mervan y dirigiéndose al rey.*)
Esclavo,
quita. — Señor, escuchad.
VIT. No tengo tiempo. (*Cruzando el teatro.*)
GER. Sois rey.
VIT. ¿Quién se atreve á replicar?
¡Un sacerdote!
GER. Un humilde
presbítero, que ademas
antes era esposo.
VIT. Y bien...
GER. El apoyo de mi edad
anciana, mi hijo Alicio,
que ahora cuenta poco mas
de los tres lustros, ayer
con bien poca humanidad
fué encarcelado por cómplice
del tumulto popular.
VIT. ¿Le prendieron á tu lado?
GER. ¡Ah señor!
VIT. Di la verdad.
GER. No la puede á vos ni á nadie
un sacerdote negar.
Há un mes que Alicio faltaba
de la casa paternal.
VIT. ¿Con licencia tuya?

GER. No.
VIT. ¿No? ¿Fugitivo quizá?
GER. Sí.
VIT. Trabajo no pequeño
juzgo que te ha de costar
la defensa de ese mozo.
GER. No me supongais capaz
de pedir una merced
que repugne á la equidad:
no; si es delincuente Alicio,
su culpa debe pagar;
mas permítaseme verle:
yo con el ruego eficaz
de la princesa Luz, esto
de vos pretendí alcanzar.
VIT. ¡Luz! ¿La viste? ¿Y qué? ¿Mostró
por tí?...
GER. ¡Cuánta es su bondad!
Pero ha dicho que temia...
VIT. ¿Qué?
GER. Vuestro enojo escitar.
VIT. ¿Por qué?
GER. Porque le era fuerza
con otra importunidad
acudir tambien á vos.
VIT. ¿Otra?
GER. Suya.
VIT. ¿Suya? ¿Cuál?
GER. Yo respeté su secreto,
como os podeis figurar.
VIT. (*A Mervan.*)
Avisen á la princesa
que venga.
MER. Se avisará. (*Vase.*)
VIT. ¿Dónde está preso tu hijo?
GER. Aquí en la torre.
VIT. Podrás
verle cuando quieras.
GER. ¡Oh,
señor!
VIT. Le doy facultad
para andar por mi pretorio,

no traspasando el umbral.

GER. Yo respondo...

VIT. En nombre mio,
á él y á tí os hospedará
Luz.

GER. Señor, ¡tanta merced!
Dadme la mano á besar.

VIT. (*Al gefe de la guardia, despues de haberle hablado en secreto.*)
Acompáñale á la torre,
y anuncia mi órden allá.

GER. ¡Bendiga vuestro reinado
la divina majestad!
(*Vanse Geroncio y la guardia.*)

ESCENA IV.

MERVAN. — VITIZA.

MER. Aviso á Luz envié.

VIT. Y acerca de ella en mi ausencia
¿qué logró tu diligencia
descubrir?

MER. Bien poco sé.

VIT. ¿Llora ya con mas templanza
la pérdida que ha sufrido?

MER. Ni aquel pesar ha cedido,
ni aquella sed de venganza.

VIT. ¡De venganza!

MER. La aniquila
cada vez ansia mayor
de dar con el matador
del malogrado Favila.

VIT. ¿Tiene sospechas?...

MER. Ninguna.

VIT. Solitario era el paraje;
yo no llevaba mi traje;
cubierta estaba la luna.
Pero al salir á la plaza...
Aquel jóven imprudente
que hallé...

MER. ¿Aquel que os hizo frente
con un venablo de caza?

VIT. ¿Quién sería? Él, aunque poco,
me hirió tambien, y caí.
MER. Tal vez no será de aquí,
ni vuelva jamás tampoco.
VIT. De atormentarme no cesa
el recuerdo...
MER. No andeis triste
por eso.
VIT. ¿Qué descubriste
acerca de la princesa?
MER. Lance de entidad liviana
es, aunque algo peregrino.
De Norba-Cesárea (1) vino
á ver á Luz una anciana,
que parece fué su sierva
de mas confianza un dia,
y á quien ella todavía
cariño grande conserva.
Esta venida influyó
de modo en la triste viuda,
que desde entonces, no hay duda,
su dolor se exacerbó
sin trazas de que le rinda
el tiempo con su poder.
Luz despues no quiere ver
ni aun á su hija Hormesinda,
á quien (y es raro misterio
lo singular del antojo)
ha mandado con enojo
conducir á un monasterio.
Luego á cada instante clava
su mirada zahareña
Luz en una arca pequeña
que le ha traido la esclava:
y tan pronto se la ve
el arca besar gimiendo,
como embravecerse asiendo
aquel venablo que hallé
cuando Favila murió,
y fué del jóven insano

(1) Hoy Alcántara.

que alzó contra vos la mano,
y al veros en tierra huyó.

VIT. ¿Contiene el arca un objeto
que á Luz su pesar agrave?

MER. (*Viendo venir á la princesa.*)
Sola ella guarda la llave
de tan oscuro secreto. (*Vase.*)

ESCENA V.

LUZ. — VITIZA.

LUZ. Señor...

VIT. ¡Cómo! ¿tan vencida
por la afliccion os hallais,
bella Luz, que os olvidais
de darme la bien venida?

LUZ. Siempre el triste obra sin tino:
desagradaros temí:
dama de la reina fuí,
y es Rodrigo mi sobrino.

VIT. ¿Por qué tan injustamente
habeis de mí sospechado
que puedo con el culpado
confundir al inocente?

LUZ. Disimulad un error
que es de mis pesares hijo.

VIT. Para perdonarlo, exijo
que me pidais un favor.

LUZ. Dad alguna libertad
á un jóven qne anoche preso...

VIT. Conseguido teneis eso:
procurad por vos, hablad.

LUZ. Que useis de clemencia pido
con la turba sublevada.

VIT. Bien: quedará sepultada
su traicion en el olvido.
Me anuncia una profecía
que los ojos perderé,
si cauto guardar no sé
mi persona y gerarquía;
pero aunque raye en estrema
hoy quizá mi confianza,

no es la de Rodrigo lanza
digna de que yo la tema. —
¿Qué mas?

LUZ. Debeis recordar
que en años de escaso fruto
dejaron mas de un tributo
los pueblos por abonar,
y en un término harto breve
los piden vuestros ministros.

VIT. Haré quemar los registros,
y no se sabrá quién debe.

LUZ. Así de la España entera
recogereis bendiciones.

VIT. ¿No hay, entre esas pretensiones,
para vos una siquiera?

LUZ. Yo á mi hija envié...

VIT. Sí,
á un claustro: me han dado aviso.

LUZ. Pues concededme permiso
para retirarme allí.

VIT. ¡A un claustro vos! No será,
no: meditadlo despacio.

LUZ. Como no hay reina en palacio...

VIT. Hoy mismo la haya quizá.

LUZ. Es justo considereis
que yo serví ya bastante.

VIT. Por eso llegó el instante
de que á mandar principieis.

LUZ. ¡Mandar! ¡espresion estraña,
de sonido lisonjero!
¡Mandar! ¿dónde?

VIT. En mí primero,
y despues en toda España.

LUZ. ¡Yo! ¡yo!

VIT. Así se galardona
la virtud que os engrandece.
Un rey amante os ofrece
corazon, mano y corona.

LUZ. Soy de la raza que Dios
hundida tiene en el lodo:
soy española.

VIT. Era godo

Favila, y casó con vos.

LUZ. Mas aunque de vuestra grey,
su puesto no era tan alto.

VIT. Siendo del linaje balto,
cualquiera puede ser rey.

LUZ. Leyes hubo...

VIT. Derogólas
otra.

LUZ. No tan pronto pasan
costumbres...

VIT. Hace que casan
los godos con españolas
cincuenta años; y abolido
fué el estatuto inclemente
por un rey, que cabalmente
dió el sér á vuestro marido.
¡Luz! sabed que una pasion,
que ya recatar no debo,
fatal me abrasó mancebo,
me ha consumido varon.
Atormentado en el potro
de los celos, conocí
que no pensabais en mí
porque adorabais en otro.
Y fuisteis suya, y callé,
y ese hombre me aborreció,
y á pesar de que murió,
aun me usurpa vuestra fe.
Por no enlazaros conmigo,
por ser imposible cosa
que yo quisiera á mi esposa,
venganza pidió á Rodrigo.
Ya sabeis lo que es penar;
por vos padecí quince años:
mirad, Luz, ¡de cuántos daños
me debeis indemnizar!

LUZ. Señor, señor, ¡qué decís!
Olvidad ese estravío,
que vais á ser dueño mio
si á mis deudos acudís.
Nada contra vos me escuda,
porque á la infeliz muger

ni aun libre la deja ser
el triste luto de viuda;
y al recordar que ofendí
la ley con procaz denuedo
cuando á Favila en Toledo
secretamente me uní,
dirá mi familia austera
pues ya me elegí coyunda,
que me doble á la segunda
para expiar la primera.
Sed conmigo generoso;
dadme contra vos amparo;
yo no puedo, os lo declaro,
no puedo amar á otro esposo.
Mi Favila se llevó
el corazon que le dí:
¡oh! no me arranqueis un *sí*,
que fuera el disfraz de un *no*.

VIT. Aunque el pecho me taladre
cada razon que os escucho,
mirad que puede hacer mucho,
cuando es reina, la que es madre.

LUZ. No ya cual antes mi amor
es á Hormesinda infinito:
no una hija necesito;
es un hijo vengador.

VIT. ¿Un vengador? ¡Cómo!...

LUZ. Rayo
en la lid fuera quizá.
Diez y seis años tendrá,
si es que vive, mi Pelayo.

VIT. ¡Pelayo! Atónito, inquieto
me poneis.—Haced que entienda...

LUZ. El fué la mísera prenda
de mi consorcio secreto.
Escuchad la confesion
de un trance de honor cruel,
á ver si hácia mí con él
se apaga vuestra aficion.
—Sabeis que hija inobediente,
dejé llevarme al altar
en Toledo, sin contar

con padre ni con pariente.
Mal la pasion se concilia
con el disimulo: así
pronto mi secreto vi
sabido de mi familia.
¡Qué horrible persecucion
á Favila! ¡qué injuriarme!
Se juró no perdonarme:
se invalidó nuestra union.
Ellos violencias estrañas
usando... yo en su poder...
guardar no pude al nacer
el fruto de mis entrañas.
Me fué robado el que hiciera
de mi vida el embeleso:
me le quitaron... ni un beso
permitieron que le diera.—
Al volver yo de un desmayo,
mi esclava Irene me dijo
que ella bautizó á mi hijo
con el nombre de Pelayo.

VIT. ¿Y qué fin tuvo el suceso?

LUZ. Trájose un arca embreada,
por la cubierta horadada,
provisto el fondo de peso;
y ordenó mi parentela
que allí, cristianado el niño,
revuelto con desaliño
en ropas de ruda tela,
fuese un momento despues
abandonado agua abajo
á la corriente del Tajo,
como en el Nilo Moisés.

VIT. Mas cuando al fin se mostró
á vuestra boda propicio
mi padre el rey...

LUZ. Ni un indicio
del expósito se halló,
cual si para darme guerra
la imaginacion á solas,
le sumergieran las olas,
le sepultara la tierra.

Solo há unos dias que estando
en Norba, su patria, Irene,
(pues libre allí se mantiene
de mis dones disfrutando),
con asombro superior
á cuanto en voces cabria,
se halló en una hospedería
el arca misma, señor,
el arca donde al infante
sus manos propias pusieron,
y que allí, segun dijeron,
se le olvidó á un caminante.

VIT. ¿Con que esa arca á donde torva
ó triste la faz volveis,
ha estado?...

LUZ. Sí, diez y seis,
diez y seis años en Norba;
y ni sé quién la dejó,
ni á dónde fué el pasajero,
si era español, si estranjero,
si vivo al niño encontró,
si con hórrido fracaso
dió el arca en alguna roca...
Ni al que hace negra mi toca
le deseo lo que paso.
¡Qué noches! Mi ánimo enfermo (1)
de noche á parar no acierta:
velo y deliro despierta;
deliro mas cuando duermo.
Ya opresa de angustias graves,
(¡hijo de mi seno casto!)
ser te ve tu madre pasto
de las fieras y las aves;
ya el corazon me quebranta
mirarte jóven gentil
en traje de esclavo vil
con argolla en la garganta;
ya te oigo fiero, indignado
gritar: «mi padre murió...»

(1) Imitacion de la *Mérope* de Alfieri, escena II del acto 3.° Se han tenido presentes para el drama varias tragedias que hay con aquel argumento ó con otro semejante.

VIT. ¡Ah!

LUZ. «Ya que no puedo yo,
¿por qué tú no le has vengado?» —
Señor, donde el poderío
se disputan á la par
odio y dolor, no hay lugar
para otra pasion vacío.
Abandonad un desvelo
que me ha de encontrar ingrata:
no hagais vuestra á la insensata
que halla placer en su duelo;
y si hacerme deponer
un dia el negro capuz
quereis, y que tenga Luz
á su rey que agradecer;
buscad, traedme al impío
que de mi esposo me priva;
devolvedme, haced que viva
el infeliz hijo mio;
y cuando ante mí en pedazos
el asesino aparezca,
y el júbilo me enloquezca
viendo á mi hijo en mis brazos;
llegad entonces, llegad,
y exigente acreedor,
pedid á mi pundonor
mi vida y mi voluntad;
pero tampoco os asombre,
señor, que anegada en llanto
ruegue hoy que olvide entre tanto
Vitiza mi triste nombre.

VIT. Pues bien, oireis que retumba
hoy un pregon rigoroso
que arrancará, si es forzoso,
los secretos á la tumba.
En rico traje ó vil sayo,
ó hecho ya polvo y ceniza,
os devolverá Vitiza
lo que ahora fuere Pelayo;
y ya que tal el camino
para mereceros es,
yo postraré á vuestros piés

al que llamais asesino;
pero entonces recordad
que hoy cumplí vuestros deseos
empleando en esos reos
con esceso la piedad;
y fuera contradiccion
si, juez vos en causa vuestra,
desmintiese la maestra
con su ejemplo la leccion. (*Vase.*)

ESCENA VI.

LUZ, *y luego* ALICIO.

LUZ. ¿Qué me quiso decir? ¿Es por ventura
que de mi esposo al matador conoce
y salvarle pretende? Fuera en vano.
(*Sale Alicio.*)
ALI. Señora...
LUZ. (*Aparte.*) ¡Santos cielos! Este jóven...
ALI. ¿Sois la princesa Luz?
LUZ. Y tú ¿quién eres?
(*Ap.*) Ese aspecto galan, su voz, su porte,
¿no son... no se parecen?...
ALI. Yo, señora,
soy hijo del anciano sacerdote...
LUZ. ¡Ah! sí: remisa en tu favor anduve.
Mas debí hacer.
ALI. ¡Oh no!—Mientras informes
un soldado á mi padre le pedia
de mí, yo recorriendo estos salones,
anhelante os busqué para mostraros
mi viva gratitud.
LUZ. Tu cuna ¿dónde,
dónde fué?
ALI. Cerca de Gijon.
LUZ. ¡Tan lejos
de aquel pais por donde el Tajo corre!
¿Llámaste?
ALI. Alicio.
LUZ. ¿Falleció tu madre
ó vive en religion?

ALI. La perdí.

LUZ. Entonces
¿qué edad contabas tú?

ALI. Cinco años, creo.

LUZ. ¿Cómo ha sido el prenderte?

ALI. Mis errores
os quiero confesar.

LUZ. Dímelo todo,
y no temas de mí reconvenciones,
no: muger, madre soy... ¡madre sin hijo,
madre que llora al infeliz consorte!
Yo tengo afan de conocer tu vida:
nada en tu relacion dejes que ignore.
¿Cómo se te crió?

ALI. Por mucho tiempo,
las fieras acosar del patrio bosque
fué mi ordinaria ocupacion, armado
con fuerte chuzo, cuyo astil de roble
yo corté y adorné. Quiso inscribirme
mi padre de Vitiza en las legiones,
y condújome á Túi: una desgracia
nos ocurrió al entrar; acobardóse
mi padre y me volvió mal de mi grado
al quieto albergue de su iglesia pobre.
Ya en aquella quietud me consumia,
ya en aquel estrechísimo horizonte
me ahogaba; pareciame, señora,
que desde esta ciudad me daban voces,
me tiraban: por último, una tarde
que por un encinar á un oso enorme
buscaba el rastro, percibí á lo lejos
de un guerrero clarin los gratos sones.
El son me arrebató; fuése alejando,
y fuí siguiendo el belicoso toque,
y andando y escuchando embebecido,
perdí la senda, me cogió la noche.
A la aurora encontré con los soldados
que guiaba el clarin. — Dios me perdone
la ingratitud con que pagué á mi padre
sus desvelos y amor.

LUZ. No te abochornes:
habla.

ALI. A pocas palabras que dijeron...
LUZ. Los seguiste: ¿no?
ALI. Sí. Y eran traidores,
despues lo conocí; secuaces eran
de Rodrigo, que el susto y el desórden
por campiñas y pueblos derramaban,
buscando de su causa valedores.
Traté de huir: me hicieron maniatado
correr con sus caballos á galope.
Vienen á unirse con Rodrigo en Túi;
viene Vitiza en pos; mis opresores
me arrastran en su fuga, el rey los prende,
y en cadenas con ellos se me pone.
LUZ. Grande tu culpa fué; mas ya el castigo
llevaste que á la culpa corresponde.
Siento de tí piedad; y sin embargo
solo debieras encontrar rigores
en mi labio y en todos. Tú no sabes,
Alicio, qué martirios tan atroces
padece el padre de quien huye un hijo;
tú no sabes lo que es el que le roben
á una madre ese bien. ¡Feliz la tuya
que murió sin sufrir tan duro golpe!
Mucho debió quererte: amor inspiran
tu rostro, tu mirar, tus espresiones.
Yo no me canso de escucharlas.—Dime
qué fué, si no hay motivo que lo estorbe,
lo que la vez primera que vinisteis
aquí, llenó á tu padre de temores.
ALI. ¡Ah! ¿qué me preguntais? Hay un secreto...
Mi padre mismo aún lo desconoce.
LUZ. ¿Lo desconoce... y le aterró? No atino...
ALI. ¡Eh! vos haceis que involuntaria brote
del pecho la verdad.
LUZ. Tu protectora
y amiga fiel tu confesion recoje.
ALI. Tarde y sin luna en la ciudad entramos:
ya en la plaza, ignorábamos adónde,
para hospedarnos, ir: en una esquina
mi padre me dejó y adelantóse.
Rumor en esto se movió lejano
entre unos arruinados paredones,

y me acerqué á mirar: un hombre al punto
con acero en la mano se me opone,
y con terrible voz, «atrás,» me dice,
«atrás, ó el pecho te abrirá mi estoque.»
—«Yo espero aquí,» le contesté.—«Villano,»
repuso, «aprende á obedecerme dócil.»

LUZ. ¿Te acometió?

ALI. Furioso.

LUZ. Y tú indefenso...

ALI. Nunca sin armas van los cazadores:
yo mi venablo rústico traía,
y él me libró de perecer entonces.

LUZ. (*Ap.*) ¡Un venablo! Si aquel...

ALI. A mi enemigo
se lo arrojé, y cayó quedando inmóvil,
sin voz en tierra.

LUZ. ¿Muerto?

ALI. Yo confuso
de mi victoria en tan forzado choque,
sin dilacion huí: gritos de pronto
resonaron, abriéronse balcones,
luces aparecieron: á mi padre
hallo asustado que me dice: «corre;
sígueme, que la guardia del palacio
á un delincuente busca, y si nos coje,
nos ha de encarcelar.» —A nuestra aldea
me hizo el paso torcer aquella noche,
y sepultado en mí quedó el secreto
que hoy por primera vez mi labio rompe.

LUZ. ¿Cuándo ese lance fué?

ALI. No se me olvida:
hace un año y un mes... y dias...

LUZ. ¿Once?

ALI. Once, cabal.

LUZ. (*Ap.*) ¡Qué escucho! ¡el sitio, el dia!...

ALI. ¿Sabeis quizá noticias posteriores?...

LUZ. ¡Irene! (*Llegándose á una puerta y llamando.*)

ALI. ¡Qué inquietud!

LUZ. (*A una esclava que sale.*) Aquel venablo.
(*Vase la esclava.*)

ALI. ¿Qué pude yo decir que así os azore?

LUZ. ¿Reparaste quizás cómo vestia

el infeliz que heriste? ¿Como prócer,
ó capitan?

ALI. De capitan.

LUZ. El manto...

ALI. Rojo... Para juzgar de los colores,
era escasa la luz: de la persona
libre está que la imágen se me borre.

LUZ. La estatura...

ALI. Elevada.

LUZ. La voz...

ALI. Bronca.

LUZ. La espada rica.

ALI. Sí.

LUZ. (*Ap.*) Todo es conforme.
¿No abandonaste tu venablo en tierra?

ALI. Sí, sí.

LUZ. ¿Cómo era?

ALI. ¿Pareció?

LUZ. Responde.
Su astil...

ALI. Mondado en parte...

LUZ. En parte tiene
la corteza, y figuran sus labores...

ALI. Dos cintas que hacen cruz.

LUZ. El hierro...

ALI. Largo,
y al asta fijo con brocal de bronce.

(*La esclava sale con un venablo: Luz se le toma.*)

LUZ. Mira y di la verdad. ¿Es este?

ALI. El mismo:
él es.

LUZ. ¡Dios vengador de mis mayores!

ALI. Con este me libré de un temerario,
de un injusto agresor.

LUZ. No le baldones.

ALI. No le defendais vos: matarme quiso.

LUZ. Me engañas, impostor. ¿Sabes quién te oye?
¿Sabes á quién mataste? á mi marido.

ALI. ¡A vuestro esposo yo!

LUZ. Mas no blasones
de tu victoria... Guardia. (*Llamando.*)

ALI. ¡Era su esposo!

ESCENA VII.

MERVAN. GUARDIAS.—LUZ. ALICIO.

LUZ. Guardias.
MER. Mandad, señora, dadnos órden...
LUZ. Ese mató á Favila.
MER. ¿Ese?
ALI. (*Con gran pena y abatimiento.*)
Yo he sido.
LUZ. Ya lo ois.—Que le vuelvan á la torre.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

VITIZA. MERVAN.

VIT. ¿Nada en fin se ha descubierto?
MER. Podeis estar bien tranquilo.
Para Luz, sin duda alguna,
el matador es Alicio.
VIT. La aparicion de ese jóven
me espone á grave peligro:
llevarle á mucha distancia
de esta ciudad es preciso.
MER. ¿Y si vuelve? Contemplad
que es algo travieso el niño.
VIT. Si al Africa le traslado
y allí el gefe de un castillo
le vigila bien, no es fácil
que torne al pais nativo.
MER. Bien poco por vos mirais.
VIT. Luz gusta de rey benigno:
forzoso es probar á ver
si asi su favor conquisto.
Por ella, de los rebeldes
ya de prision ha salido
parte, y á los otros, luego
libertaré de sus grillos;

y á los que marchen de Túi,
y á cuantos por mis dominios
viajaren desde hoy, burgueses,
tratantes ó peregrinos,
que me busquen á Pelayo
encargarles determino.

MER. Una persona podrá
mejor que nadie serviros
en ese negocio.

VIT. ¿Quién?

MER. Azael.

VIT. ¿Ese judío
á quien de comprar acabo
las joyas que á Luz dedico?

MER. Va por todo el reino...

VIT. Bien.
A Luz con recado mio
preséntese á recibir
órdenes. Corre á decirselo. (*Vase Mervan.*)

ESCENA II.

LUZ.—VITIZA.

LUZ. ¡Ah, señor!

VIT. Os esperaba...

LUZ. ¿Sabeis?...

VIT. Todo lo he sabido.
Nada me digais.

LUZ. Cumplióse
por fin mi anhelar contínuo:
ya dí con el sér fatal
que de luto me ha vestido.
Vos de él respondeis.

VIT. Calmaos.

LUZ. Imposible: no respiro
sino furor y venganza.
Pronto, pronto: ¿qué suplicio
destinais al que á traicion
me privó de mi marido?

VIT. ¿A traicion? ¿Por qué, por dónde
se le imputa ese delito?

Segun el padre, casual
debió ser el homicidio:
y el hijo hablando con vos...

LUZ. Mienten el padre y el hijo.
¿Por ventura ignora nadie
(vos podeis ser buen testigo)
la templanza de Favila,
su virtud, su recto juicio?
¿No era vuestro mas valiente,
vuestro mas noble caudillo?
Decid.

VIT. Sí, sí. (*Aparte.*) ¡Qué tormento!

LUZ. ¿Y este hombre tiene el capricho,
la bajeza de medirse
con un rapaz, sin motivo,
y el rapaz borra al valiente
de la tabla de los vivos?
¡Oh! no puede ser: creerlo
posible, fuera delirio.

VIT. Y un jóven que de palacio
siempre lejos ha vivido,
que no conoció á Favila,
y aquí con su padre vino,
¿qué impulso pudo tener
para el crimen inaudito
que le achacais?

LUZ. ¿Su defensa
tomais vos?

VIT. Yo no le he visto,
y así ningun interés
cobrar por él he podido.

LUZ. No le veais, por que va
el traidor á seduciros:
lo sé por mí. — Vos me habeis
ricas joyas ofrecido,
que no me es dado admitir
en el dolor en que gimo:
solo un don puede agradarme
mientras ignore el destino
de mi Pelayo: ese don
le quiero, le ansio, le pido.

VIT. ¿Cuál?

LUZ. Hacedme juez y dueño
árbitro de mi enemigo.
VIT. Convengo; pero tambien
una promesa os exijo.
LUZ. Tened magnanimidad...
VIT. Bastante ya la he tenido.
El dia que de Pelayo
se sepa, ese dia fijo,
mia habeis de ser.
LUZ. Señor...
VIT. Reina sereis, lo repito.—
Un hebreo mercader,
personaje hábil y activo,
que con otros emisarios
para que os sirvan espido,
vendrá luego: dadle todos
los informes instructivos
que el hallazgo faciliten
del expósito perdido,
y haced para los demas
que se estienda en un escrito
cuanto hayais en este caso
de vuestra esclava sabido.
LUZ. ¡Ah! voy si me permitís...
VIT. Id, que tambien me retiro. (*Vase Luz.*)

ESCENA III.

MERVAN.—VITIZA.

MER. Queda avisado Azael.
VIT. Será conducido Alicio
aquí á presencia de Luz,
que de él dispondrá á su arbitrio.
Procura que no peligre
nuestro secreto.
MER. ¿Permito
al padre que hable al muchacho?
VIT. No viéndolo Luz, permítelo. (*Vase.*)
MER. (*Llegándose á una puerta.*)
Sacerdote, ven y espera,
que al punto vendrá tu hijo.
(*Sale Geroncio y vase Mervan.*)

ESCENA IV.

GERONCIO.

¡Ocultarme un lance así!
¡Oh necio y fatal sigilo!
Sabiéndolo yo, no hubiera
mi pretension dirigido
á Luz, no la viera él
hoy tampoco. — ¡Es tan altivo,
tan indócil... Urge ya
cortar el vuelo á sus brios.

ESCENA V.

ALICIO. — GERONCIO, *y al fin* MERVAN.

GER. Aquí está.
ALI. ¡Padre y señor!
GER. No ese título me des.
ALI. ¿Qué intempestivo rigor?...
GER. Arrodíllate á mis pies:
respóndele al confesor.
¿Por qué la sangre vertiste
de que hoy se te pide cuenta?
ALI. Padre, esa voz me amedrenta.
¿Piensan de mí?...
GER. Que mentiste,
que asesinaste.
ALI. ¡Oh qué afrenta!
¿Yo? — Ministro del altar,
sin querer lidié y herí;
mas ya llego á sospechar
que soy capaz de atentar
contra el que me culpe así.
GER. Con menos altanería
te debes hoy defender.
ALI. La inocencia da osadía:
seguro yo de la mia,
nada tengo que temer.
GER. Conviene que te persuadas
que vidas de alma dotadas

Dios solo justo las trunca:
manos de hombre ensangrentadas
no son inocentes nunca.

ALI. Si un contrario me acomete
sin oirme ni un vocablo,
¿he de ser yo su juguete?
Tratáranme cual compete,
y no blandiera el venablo.

GER. Favila ¿te dijo?...

ALI. «Atrás;
villano; atrás, *villanuelo:*
te mato si no te vas.»
Y alza la espada sin duelo...
—«Pues ten: contra fuerza, mas.»

GER. ¿Por qué hacerle resistencia?
¿Te estuviera mal?...

ALI. ¿Huir?
Padre, era mucha prudencia.

GER. Tuviste la de encubrir
la desastrosa ocurrencia.

ALI. ¡Ah! mucho pené y aun peno
por habérosla ocultado.
—¡Villanuelo! Aquel dictado
fué como un pellon de cieno
á mi semblante arrojado.

GER. Soberbia en tí sin escusa,
que Luz execra y deplora.

ALI. Pero ¿es ella quien me acusa?
¡Bien de mi franqueza abusa!
Mas no, ¡si es mi protectora,
mi amiga! Roba en un punto
el alma su dulce encanto:
á dama tan noble junto,
raro es que fuese otro tanto
vano y feroz el difunto.

GER. ¡A tu víctima escarneces!
¡Oh! ¡cómo te pervertiste
desde tu fuga! Mereces
por tus locas altiveces
oir lo que nunca oiste.

ALI. ¡Padre!

GER. Acaba de colmar

la medida del error:
di tambien sin vacilar
si has llegado á renegar
de la fe del Salvador.

ALI. Por piedad...

GER. Al mal caminas
de suerte, que llevas traza
de hacer pensar que te inclinas
á profesar las doctrinas
que heredan los de tu raza.

ALI. ¡Mi raza! ¿Quién me ha engendrado?
¿No es romano este mi brio?

GER. No: tú eres un desdichado
por su padre abandonado,
y ese padre era judío.

ALI. ¡Judío!

GER. Sí: yo logré
sacarte de un riesgo fuerte:
yo por hijo te adopté...
Y hoy sabré aquí defenderte
de todos...

ALI. Ya ¿para qué?
(*Ap.*) ¡Yo judío!
(*Sale Mervan y detras la guardia.*)

MER. Viene Luz:
Geroncio, vete al momento.

GER. Perdóname este tormento,
hijo, y sé fiel á la cruz.

ALI. Padre, hasta el postrer aliento.
(*Vase Geroncio. Mervan se retira.*)

ESCENA VI.

LUZ. UNAS ESCLAVAS, *con una arquita.*—ALICIO. MERVAN, *retirado.* GUARDIAS.

LUZ. Poned en la mesa el arca. (*La colocan.*)
Llegadme aquí el delincuente. (*Siéntase.*)

ALI. (*Ap.*) Temo que han de ver patente
sobre mi rostro una marca.

LUZ. Matador, el rey ordena
que yo tu suerte decida.

ALI. Mandad quitarme la vida:
bendeciré mi condena.
LUZ. (*Ap.* Toda ya me ha conmovido
su voz de dolor tan hondo.)
Ven aquí.
ALI. (*Ap.*) ¿Dónde me escondo?
LUZ. (*Ap.* ¿Y quién le da al fementido
tal poder? En iras ardo
apartada de su vista,
y en viéndole, me contrista,
su afliccion, y me acobardo.
Valor.) Dime... sé sincero.
Dime... pero sin mentir.
Di... si mereces vivir.
ALI. Ni lo merezco, ni quiero.
LUZ. ¿Confiesas?...
ALI. Todo, señora,
todo lo que pregunteis.
LUZ. ¡Me engañaste antes!
ALI. ¿Quereis
mas cuando me acuso ahora?
LUZ. Si te declaras culpado,
no es bien que te mortifique.
Mas quiero que se me esplique
mejor aquel altercado.
Ofensa, provocacion,
algo capaz de irritar
debió entre los dos mediar
para mover la cuestion.
Porque ello, si temes que hable
con pasion, Galicia entera
podrá decirte quién era
mi esposo; benigno, afable,
diestro en regir el acero,
cauto en la lid sin igual;
por él llanto general
vertieron noble y pechero.
Tú al recto varon heriste,
tú al diestro adalid mataste:
¿cómo ese triunfo alcanzaste
cuando allí morir debiste,
ó mas bien huir veloz,

no pudiendo soportar
si te miró, su mirar,
si habló contigo, su voz.

ALI. Esa voz y esa mirada
fatales á entrambos fueron:
jamás de mí consiguieron
ira ni soberbia nada.

LUZ. ¿Y quién eres tú, reptil,
para juzgarte ofendido,
porque un gódo esclarecido
te hable en tono señoril?

ALI. ¡Ah!

LUZ. ¡Qué orgullo incomprensible!
¿Cuándo tu estirpe ha criado
plebeyo tan entonado,
audacia tan insufrible?
Acaso menos altivo,
con ser de la sangre balta,
fuera el hijo, que me falta
descubrir si es muerto ó vivo.
¡Dios le libre, hasta llegar
donde conmigo se abrace,
de alguno cual tú, que nace
tan solo para matar!

ALI. Rogad tambien le liberte
de verse en tal estrechez,
que por favor á su juez
pida como yo la muerte.

LUZ. ¿Te figuras que me obstino
en quererte castigar?
¡Si es tan dulce perdonar!
Pero ábreme tú camino.
¿Qué pierdo yo con que vivas?
¿qué ganaré si murieres?
Siempre fueron las mugeres
mas blandas que vengativas.
En prueba quiero olvidar
mi judicial ministerio:
quizás haya aquí misterio
que no alcanzo á penetrar.
A mí propia sin violencia
el hecho me has confesado:

pues bien, yo no me persuado
aún la malevolencia.
Si algun prócer, descontento
con mi esposo, te sedujo
y te obligó con su influjo
á servirle de instrumento,
dílo.

ALI. Señora, mi mano
no se vende.

LUZ. Pero asombra
que tú por tí solo... Nombra,
si es preciso, al soberano
mismo; y pues no hay á quien cuadre
la idea de sugestion
mejor, culpa si hay razon
para ello, á tu mismo padrè.

ALI. ¡Mi padre! ¡Pues qué! segun
lo que hoy os conté indiscreto,
¿no era para él un secreto
ese triste lance aún?
Ninguno mi instigador,
nadie mi cómplice ha sido,
y si le hubiera tenido, —
nunca fuera delator.

LUZ. ¿Con que yo no he de saber
á qué grado corresponde
tu delito, ni hasta dónde
puedes disculpable ser?
Pero sí: bien conjeturo
cuanto ha podido pasar.
¡Matas y sabes callar!
Asesino, de seguro,
asesìno eres. ¡Qué horror!
¡En años tan juveniles!...
Poco mas de quince abriles
tendrá, y fué ya desertor
de su casa... y es secuaz
de rebeldes y malvados,
enemigos enconados
de mi esposo y de la paz;
siendo tal su pertinacia,
que despues de declararse

reo, no piensa en echarse
á mis piés pidiendo gracia.
Sal, evita el furibundo
enojo que mi alma siente:
huye á la Libia, serpiente
capaz de infestar el mundo.
¡Vejez dichosa le das
al padre que te engendró!

ALI. ¡Ah!

LUZ. Llevadle donde yo
no le vea ni oiga mas.
(*Llévanse á Alicio.*)

ESCENA VII.

LUZ. MERVAN. ESCLAVAS.

LUZ. Agradece, monstruo fiero,
que aun madre imagino ser,
que sino, por Dios que ahora
iba en derechura al rey
á pedir que de ese cuello,
que no se deja vencer,
la cabeza separaran
para abatirla á mis piés.
¿Y por qué no? Di á tu amo (*A Mervan.*)
que siendo pronta y cruel,
imponga al reo la pena
que se le antoje escoger. (*Vase Mervan.*)

ESCENA VIII.

GERONCIO. — LUZ. ESCLAVAS.

GER. Princesa Luz, escuchadme.

LUZ. Geroncio, ¿qué pretendeis?

GER. Vengo á defender á Alicio.

LUZ. Es en vano.

GER. Es mi deber.

LUZ. Ha confesado su crímen.

GER. Señora, reconoced
que si mató á vuestro esposo,

fué provocado por él.

LUZ. Os ciega el amor paterno.

GER. Señora, dificil es.
No soy yo padre de Alicio.

LUZ. ¿Pues quién es su padre? ¿quién?
¿qué sangre es la suya?

GER. ¡Ay! sangre
de los hijos de Israel.

LUZ. ¡Es un hebreo! ¡es judío!

GER. De raza, mas no de ley.

LUZ. Pero aquel valor y aquella
tan española altivez
¿cómo se hallan en el hijo
de un sectario de Moisés?
Parece increible.

GER. Nunca
su orígen le revelé
hasta hoy.

LUZ. ¿Y cómo vino
á vuestras manos?

GER. Há un mes
y diez y seis años ya
que á Lusitania pasé,
y encontrándome en Lisboa,
testigo fuí sin querer
de un tumulto que hubo allí
contra la judáica grey.
Corrió en las plazas la sangre
de cien víctimas y cien.
Todos huían: dejaba
el marido á la muger,
el padre al hijo: yo en medio
de aquellas almas de hiel
sin fruto el hórrido estrago
procuraba detener.
Un jóven en una calle,
perseguido de un tropel,
me pone un niño en los brazos
clamando: «por Dios, tened,
ocultadle, que esos tigres
ni aun respetan la niñez.»
Huyó con esto hácia el rio;

yo á mi posada tambien:
los amotinados llegan
y pretenden que les dé
el niño, que contaria
de dos semanas á tres.
Yo les decia: «es cristiano.»
—«Es hijo de un mercader
judío,» me replicaban:
muera.—«No, no le mateis:
este niño es hijo mio.»
Con esto le liberté.

LUZ. Y luego...

GER. Luego, señora,
verdad se vino á volver
la mentira: traje al niño
á Gijon, y le crié
como si le hubiera dado
á luz mi angélica Inés.

LUZ. Mas... del padre verdadero...

GER. Mucho lo solicité;
mas nada supe.

ESCENA IX.

AZAEL.—DICHOS.

AZAEL. Señora...

LUZ. ¿Quién eres?

AZAEL. Soy Azael,
negociante israelita,
á quien vos teneis que hacer,
segun el rey me asegura,
un encargo.

LUZ. Verdad es:
uno que pudiera darme
vida larga de placer,
ó acabármela de un golpe
con tremenda rapidez.

GER. (*Aparte.*)
Este hombre... esa voz...

AZAEL. Mandad
á vuestro siervo.

LUZ. (*A las esclavas.*) Traed
el arca.
GER. (*Aparte.*) Es el mismo.
LUZ. (*A Azael.*) Aquí
fué puesto un niño al nacer.
AZAEL. ¡En esta arca!
LUZ. Sí, mi hijo.
AZAEL. ¿Qué años hace?
LUZ. Diez y seis.
AZAEL. ¿Y dónde fué?...
LUZ. Fué en Toledo.
AZAEL. Lejos era... (*Medio para sí.*)
LUZ. ¿Para qué?
AZAEL. Habladme del arca.
LUZ. En ella
dispuesta segun la veis,
(*Hablando con los dos.*)
lanzaron el niño al Tajo,
de sus aguas á merced.
AZAEL. ¡Al Tajo! Acabad, señora.
LUZ. ¡Ay! he dicho cuanto sé:
tan solo puedo añadir
que este año una esclava fiel
halló esa arca...
AZAEL. ¿Por ventura
en Norba-Cesárea fué?
LUZ. En Norba, sí; pero tú...
AZAEL. En algun hospicio.
LUZ. Pues.
Pero ¿cómo?...
GER. (*A Azael.*) Vos allí...
AZAEL. Allí yo el arca dejé.
LUZ. ¡Ah! ¿Luego tú con el niño
la debiste recoger?
Di que sí, dilo: no digas
que no, que me moriré.
AZAEL. Sí, sí.
LUZ. ¡Bendita la hora
en que Dios te hizo nacer!
AZAEL. Viajaba orillas del Tajo...
LUZ. Del Tajo... preciso. Y bien...
AZAEL. Y venir vi por las aguas

el mal seguro bajel,
dentro sonando quejidos
que con asombro escuché.

LUZ. ¡Hijo mio!

AZAEL. Por un lado
hice entrar á mi corcel:
así la caja y abríla,
y en ella un infante hallé.

LUZ. ¿Dónde está, dónde?

AZAEL. Aguardad.

LUZ. ¡Qué! ¿no se halla en tu poder?

AZAEL. ¡Ah! no.

LUZ. ¿No? ¡Madre infeliz!

GER. No temais. (*A Azael.*) Vos, responded.
¿No llevásteis ese niño?...

AZAEL. Á Norba: allí abandoné
el arca.

GER. ¿No fuisteis luego
á Lusitania con él?

AZAEL. Sí, y en medio de un tumulto...

LUZ. ¿En Lisboa?

AZAEL. Le entregué
á un anciano...

LUZ. (*Designando á Geroncio.*) ¿Este?
(*A Geroncio.*) Callad.
(*A Azael.*)
¿Qué le dijiste?

AZAEL. «Tened,
ocultadle, que esos tigres...

LUZ. Ni aun respetan la niñez.»

AZAEL. Esas fueron mis palabras.

LUZ. No hay duda, no hay duda, él es.

GER. Alicio es el hijo vuestro.

LUZ. Es mi Pelayo. Corred,
traedle, traedme al hijo
que tantos años lloré.

ESCENA X.

VITIZA. — DICHOS.

VIT. Señora, con la justicia
y con vos cumplí á la vez.

Alicio al Africa parte,
y nunca mas le vereis.
A servidumbre y destierro
perpétuo le condené.

LUZ. ¡Esclavo mi hijo!

VIT. ¡Cómo!

LUZ. Dios me le quiso volver.
Alicio es Pelayo.

VIT. ¡Alicio!

LUZ. Sí, díselo tú, Azael:
decídselo vos, Geroncio.—
¿Qué testigo es menester
despues que lo afirmo yo,
que en mi seno le llevé?

VIT. (*Aparte.*) Conviene alejarle.

LUZ. (*Al rey.*) Pronto,
que venga.

VIT. Pero atended.
¿Olvidais que su venablo?...

LUZ. ¡Un rayo parta mi sien!
¡Pelayo mató á Favila!

GER. ¡A su padre!

ESCENA XI.

MERVAN. — DICHOS.

MER. (*Al rey.*) Disponed
cómo se ha de reprimir
á ese indómito doncel,
que casi al sayon ahoga
cuando le quiso poner
la argolla de esclavo.

LUZ. Es hijo
mio: bien hizo.

VIT. Preven
que con todo miramiento
y escoltado de ocho ó diez
se le lleve y se le embarque.

LUZ. Señor...

VIT. Nada me rogueis.
Mas benigno yo que vos

la sentencia pronuncié:
sufra el culpable la pena
que confesó merecer.

LUZ. Dadme á Pelayo, y su madre
será vuestra, hoy si quereis.
De rodillas os ofrezco
mi mano. — ¡Ah!

(*Dando un grito al ver á Pelayo, y corre desalada hácia él.*)

ESCENA XII.

ALICIO (Ó PELAYO), *con espada en mano, defendiéndose de algunos* SOLDADOS. — DICHOS.

PEL. No han de poder
conmigo vuestras espadas,
teniendo esta que os quité.

LUZ. ¡Hijo del alma!

VIT. }
GER. } (*A los soldados.*) Dejadle.

PEL. Señora, decid al rey
que á la esclavitud prefiero
la muerte.

LUZ. Ven aquí, ven.
Yo soy tu madre: Geroncio
no es el que te ha dado el sér,
fué el desdichado Favila...

PEL. (*Arrebatado de gozo al dar una mirada á Vitiza.*)
¡Madre, yo no le maté!
Yo no he muerto á nadie, no.
Darme los brazos podeis.

LUZ. ¿Es posible? ¡Ay! ¡qué alegría!

PEL. Vive el que yo derribé.
No fué la herida mortal.
Venid, la cara volved: (*Al rey.*)
¡miradle! (*A Luz.*)

GER. ¡El rey!

PEL. ¿El rey?

LUZ. Vos
que mi mano pretendeis,
vos que odiabais á mi esposo,

vos estabais donde fué
muerto aquella noche!

VIT. Luz,
monarca soy: suspended
juicios que serán al cabo
fatales á todos tres.
Tú, parte al Africa luego: (*A Pelayo.*)
vos, al trono ascendereis:
cada cual su suerte admita
y deje en la lobreguez
del misterio la desgracia
de esa triste noche.

LUZ. (*Reprimiéndose á toda costa.*)
Bien,
yo respetaré ese arcano,
con tal que vos respeteis
en la viuda de Favila
el estado de viudez.

VIT. Imposible.—Retiraos.
(*Vanse Geroncio, Azael y las esclavas.*)
A mi amor has de ceder.

PEL. Madre, cuando el rey me halló,
sangre en su acero noté:
con él en mano salia
tras una rota pared:
tras ella debió mi padre
á sus manos perecer.

VIT. ¡Insensato!

LUZ. ¡Él le mató!
Sí: mira en la palidez
de su semblante la prueba
del crímen: huyamos de él.

VIT. Inútil es ya negarlo:
yo á Favila provoqué:
yo en combate singular
le tendí muerto á mis pies:
yo al salir de entre las ruinas,
con un jóven tropecé,
que al mandar que se alejara,
no me quiso obedecer.
Muerto el padre, faltó poco
para dar muerte tambien

al hijo: él me hirió: Pelayo
tendrá de mi sangre sed:
yo la tengo de la suya,
porque odio á su padre en él.
Luz, un justo rey de mí
ó un monstruo puedes hacer:
sacrifícate en las aras
del general interés:
sacrifícate á Pelayo,
cuya sangre hoy verteré,
si hoy, dueño tuyo, no logro
á su padre suceder.

PEL. ¡Tirano!

LUZ. ¡Hijo mio!

VIT. Vedlo
entrambos y resolved.

(*Vase, clavando una mirada amenazadora á Pelayo, estrechamente abrazado por su madre.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

Habitacion de la reina en el palacio de Vitiza. Una puerta principal en el fondo; á la izquierda del espectador otra, que comunica con la morada del rey; á la derecha dos, la primera, que tiene cortinas, da paso á las estancias de la reina; la segunda corresponde á una escalera secreta. Al lado izquierdo una ventana grande.

ESCENA PRIMERA.

LUZ, *sentada junto á la ventana.* VITIZA.

(*Varias esclavas cruzan la escena, llevando en azafates regalos del rey: sobre una mesa hay otros, entre ellos varias ropas magníficas.*)

LUZ. Ya nos habeis separado.
¡Diez y seis años ausente,
y ni un dia solamente
me le dejásteis al lado!

VIT. Pelayo ultrajó mi cetro:
cuando á un rey se le amenaza
diciéndole que se traza
su ruina, yo no penetro
cómo nuestra dignidad
consentirá prescindir
de hacer á un loco advertir

cuál fué su temeridad.
UZ. Por el honor de su padre
nuestro enlace resistia.
Se arrebató...
IT. ¿Qué queria?
¿Que le dejara su madre
morir? ¿Que Vitiza abriese
las puertas de su reinado
con un odioso atentado?
UZ. Ya no empezabais con ese.
IT. Si á Favila fué siniestro
el combate entre él y yo,
quien fué tu esposo, debió
ser mas valiente ó mas diestro.
Sin razon te poseia,
pues te defendió tan mal:
cuando el cíngulo nupcial
mañana te dé por mia,
que vengan, que osen quererme
disputar el bien que gano.
UZ. El que es fiel á un soberano,
combate con él inerme.
Sujeta la mano entró
mi esposo en la lid impía,
donde no la valentía,
sino el poder le mató.
El poder, cuya sentencia
me priva con fiero abuso
de un hijo, hoy que me le puso
en brazos la providencia.
El poder que despiadado
sobre el lecho me agarrota
que sangre caliente brota
de un seno por mí adorado.
Pero ese poder emana
de otro que me escuchará,
y no, no permitirá
que yo respire mañana.
IT. ¡Mañana! ¿Harás tentativas
contra tí? Luz, reflexiona
que hay bien cerca una persona
que vive... con tal que vivas.

Hace poco me injurió:
delirante me aparté
de vosotros, y mandé...
lo que el furor me dictó.

LUZ. ¡Cielos!

VIT. No sé qué sería;
mas no se pondrá por obra. —
Motivos tienes de sobra
para odiar mi tiranía;
pero crímenes de amor,
el los puede reparar:
paz vierte de sí el altar,
y el tiempo es consolador.
Hay, aunque tu gusto inmoles,
hay suertes, Luz, mas aciagas;
la tuya permite que hagas
el bien de los españoles.
Pregunta, averigua, inventa
cuanto por medios humanos
pueda á godos y romanos
tenerles en algo cuenta,
y acude á mí; y si vacilo
en cumplirte algun empeño,
que me castigue ese ceño
que no puedo ver tranquilo.
Cediendo á la mansedumbre
de mi consorte real,
se me hará al fin natural
la piedad con la costumbre.
La pasion á un precipicio
me descarrió tremenda:
guíame tú por la senda
que trueca en virtud el vicio.

LUZ. ¡Con que vos que en agonía
contínua me manteneis,
vos hacer os proponeis
de mi virtud granjería! —
Yo á vuestro querer me ciño
como una gracia recabe:
no entre Pelayo en la nave
que ya le espera en el Miño.
¡Yace tan lejos, tan lejos

de aquí la orilla africana!
Si puedo como una hermana,
con súplicas ó consejos
contribuir algo al lustre
del reinado, que goceis
mil años, no receleis
que vuestra esperanza frustre.
Besaré vuestro calzado
cada dia, medianera
de la espoliada heredera
y del justo calumniado.
Tendré en toda accion por hito
conseguir, como conviene,
que vuestro nombre resuene
de todo español bendito.
Ya lo oís; ya lo ofrecí:
dadme antes el galardon:
otorgad mi peticion
primera, que es para mí.

VIT. Oye, Luz: voy á ser franco.
No ignoro lo que te aflijo;
mas por su bien á tu hijo
del lado tuyo le arranco.
Mi discurso vitupera
tan necia supersticion;
pero aquella prediccion
de mi futura ceguera,
mas y mas con rebatirla
en el alma se me ahonda;
y mirando á la redonda
quién es capaz de cumplirla,
me hacen temer los arrojos
del que huérfano dejé,
que algun dia rendiré
á su venganza los ojos.

LUZ. ¡Señor!

VIT. (*Señalando á la ventana.*)
¡No ver ese azul!
¡No verte á tí!—Cruzar debe
Pelayo el mar: no renueve
en mí el furor de Saul.

LUZ. ¡Ah! sí, sí.

VIT. Cuando ni rastro
de este miedo en mí subsista,
y él pueda sufrir la vista
del ominoso padrastro;
venga aquí; en tanto limite
sus deseos á esperar
le vayas á visitar;
pero él... ¡que no me visite!

LUZ. No, no; yo le escribiré,
yo le enseñaré paciencia. —
¿Me dareis pronto licencia
de verle?

VIT. ¿Pronto? Veré.
Merécela: anda, inspecciona
esas magníficas salas,
ya tu habitacion: tus galas
prueba, prueba tu corona.
Sufre que en mi estrado radie
tu hermosura en su fulgor
hoy mismo: ese corredor
(*Señalando la puerta de la izquierda.*)
no concede paso á nadie
sino á la reina hasta mí:
para mis plantas vedado,
á tí sola será dado
cruzarle yendo de aquí. (*Luz rompe en sollozos.*)
Busca tus dueñas, enjuga
los ojos y deja verte
despues...

LUZ. Lo manda mi suerte,
cedo. (*Ap.*) Intentemos la fuga. (*Vase.*)

ESCENA II.

MERVAN. — VITIZA.

MER. Estoy de vuelta, señor.

VIT. ¿Dejas á bordo á Pelayo?

MER. Aun no.

VIT. (*En tono de reconvencion.*)
¿Qué escolta le diste?

MER. Hombres bien aleccionados

por mí, de acuerdo con vos.
VIT. Y bien...
MER. Trató de ganarlos.
VIT. ¿Con qué fin?
MER. Con el de entrar
oculto en este palacio.
VIT. Que no venga ese infeliz.
MER. Pues viene, y es á quitaros
la vida.
VIT. ¡Él á mí!
MER. Así ha dicho
él propio al sagaz soldado
con quien trató de escaparse
cuando á la nave llegáramos.
VIT. ¿Cómo no le habeis por fuerza
en la galera embarcado?
MER. Recordad lo que mandásteis.
VIT. Mandé espiarle los pasos;
indagarle los designios...
MER. Y fingir para indagarlos
inclinacion á servirle.
VIT. Pero arrojármele armado
al frente, para que irrite
mi furia y le haga pedazos,
jamás disponerlo pude...
ó debió ser delirando.
MER. Delirio sin duda fué,
y nosotros deliramos
tambien creyendo que vos
pensabais tenderle un lazo.
Fingieron sus conductores
ceder y le abandonaron.
VIT. Nada en mi bien adivinas:
parece que es tu conato
perpétuo que yo señale
mi carrera con estragos.
MER. Es el hijo de Favila,
señor, tan apasionado;
es en él tan elocuente
el furor, el ruego, el llanto,
que á menos de ser de piedra,
no hay mas que sentir su agravio

cuando dice de su padre...

VIT. ¿Que mis celos le inmolaron,
que espiró casi á su vista?

MER. Que vos, ruinmente callando,
á él propio le habeis espuesto
á morir sacrificado
por su madre aquí.

VIT. ¡Tal osa
proferir el temerario!

MER. Aunque él supiera callar,
¿no hablarán los partidarios
de Rodrigo, primo suyo?
¿No tendrán muy buen cuidado
de unirle á su bandería?

VIT. Dices bien: debo esperarlo.
Si yo le maté á su padre,
que le vengue, no es estraño.
—¡Quizá dejándole aquí,
pueda Luz reconciliarnos,
y evite una sedicion
que allá en un pais lejano
mas fácil fuera tramar.

MER. Soy un infeliz esclavo:
no me toca dar consejos,
sino ejecutar mandatos;
amais á la madre; fuerza
es que procedais incauto
con el hijo: al pronto ¿cómo
la pasion no ha de *cegaros*?

VIT. ¡Cegarme! ¿Qué has dicho? Sí:
mi riesgo me has recordado.
Sin tí, en la red que me tiende
mi negro destino, caigo.
Yo soy rey: debo tener
sujetos á mis vasallos,
debo defenderme, debo
vivir: mueran mis contrarios.—
¿Cómo pretende ese loco
penetrar hasta mi cuarto?

MER. Su cómplice, ó mejor dicho,
el nuestro, tiene el encargo
de facilitarle entrar

hasta la sala en que estamos;
y lo hará luego que empiece
la noche á tender su manto.

VIT. Sigue.

MER. Porque resultara
su atroz designio probado,
se le dijo que un disfraz
le sería necesario.

VIT. ¿Cuál?

MER. Un trage de Luz: ella
sola puede visitaros
libremente por allí. (*Por el corredor.*)

VIT. Y en ese ardid, tan villano,
él ¿consintió?

MER. Sí.

VIT. Vergüenza
es... bien que al fin, un muchacho...
¡Y el necio no reflexiona
que necesita el amparo
de su madre para el crimen,
y que ese lo espera en vano! —
Recorran pueblo y contornos
los que al prófugo escoltaron;
y en hallándole, á la nave
con él, y amárrenle á un banco.
Prevenlo: yo en tanto haré
que cierren todo el palacio.

MER. ¿No mandásteis esta noche
soltar á los indultados?

VIT. Ni ellos ni nadie saldrá
mientras no esté asegurado
el conspirador: despues
franquea tú sin reparo
las puertas á todo el mundo;
antes no.

MER. Quedo enterado.
¿Y si Pelayo penetra
dentro de este sitio sacro?

VIT. Si seduce por su mal
ó burla á mis emisarios
y el pié en el pretorio fija,
no haya piedad; allanadlo

todo á viva fuerza, y quede
libre yo de mi entenado.

MER. Bien.

VIT. A Luz di que esta noche
no me vea: que lo mando
así.

MER. Muy bien.

VIT. Tú, colócate
en un hueco de ese tránsito
único á mi habitacion: (*El corredor.*)
como pase disfrazado
ó sin disfraz por allí
mi enemigo...

MER. Le traspaso,
ahogo su voz, oculto
el cuerpo, y queda ignorado
todo.

VIT. Me entendiste. Voy
á mandar cerrar. (*Vase.*)
(*Ha oscurecido.*)

ESCENA III.

LUZ. *Luego* ESCLAVAS, *que sacan luces.*—MERVAN.

LUZ. (*Ap.*) Dios trajo
mis pasos aquí: no hay fuga
ya.

MER. Negocios impensados
hoy vedan al rey, señora,
que os reciba.

LUZ. No era mi ánimo
salir.

MER. Permitidme...
(*Pidiendo licencia para retirarse.*)
(*Salen esclavas que ponen luces y se retiran.*)

LUZ. (*Ap.* A ver
qué intenta.) ¿Los conjurados
estan libres?

MER. En cogiendo
cierto reo, van á estarlo.

LUZ. ¿Y si tardan en prenderle?

MER. Se halla cerca... y vendrá rápido
el aviso: será un toque
de trompeta.
LUZ. ¿Está tratado
así?
MER. No: se me ha ocurrido
ahora: es mas breve. En tanto,
nos cerrarán el alcázar.
LUZ. ¡Ah! ya... ¿y despues?
MER. En sonando
el toque, libres serán
todos los encarcelados
en la torre, y el umbral
régio vuelve á quedar franco.
LUZ. Bien. Vete.
MER. ¿Con que no veis
hoy al rey?
LUZ. De aquí no salgo.
MER. Guárdeos Alá. (*Vase.*)

ESCENA IV.

LUZ.

¡Fiera! ¡Fieras!
¡Cómo le estais acechando
para devorarle! Al fin,
si le encuentran los soldados
fuera de aquí, no hay peligro.
Viva de mí separado;
pero viva. Ya es de noche.
A las puertas los candados
siento correr. Se salvó:
aun no puede haber entrado.

ESCENA V.

PELAYO. — LUZ.

PEL. (*Hablando con el soldado que le ha introducido por la puerta secreta.*)
Gracias: ¡oh! bien me guiaste.

Aquí ha de ser su morada.

LUZ. ¡Qué oigo! El es.

PEL. ¡Madre adorada!

LUZ. ¡Infeliz! —¿Dónde te entraste?

PEL. Donde un monstruo tiraniza
con su poder tu albedrío,
donde esta noche confío
libertarte de Vitiza.

LUZ. Pasar el régio dintel
fué abrirte la sepultura.
La perfidia y la impostura
te han asaltado en tropel.
Quien aqui te ha conducido,
los que tu fuga ampararon,
todos los que te prestaron
favor, todos te han vendido.

PEL. La cólera y el sonrojo
me ahogan. Quiero dudar,
madre: quiero preguntar
al guia...

(*Llégase á la puerta por donde entró, y no puede abrirla.*)

Pasó el cerrojo.

LUZ. ¿Lo ves? Pero si á Mervan
y al rey los he estado oyendo
yo aqui: si era un plan horrendo
para obligarte á un desman,
á un crímen; si ansían que trames
la pérdida de ese tigre,
para que sin que él peligre
te pierdas tú.

PEL. ¡Vil! ¡Infames!

LUZ. Diste en el inícuo lazo
del enemigo sañudo:
solo tienes por escudo
mi cariñoso regazo.
Ley tirana me vedó
con mi sangre alimentarte;
mas de aquí no han de arrancarte,
sin que antes perezca yo.

PEL. No, madre del alma mia,
vive y en vengarme piensa:

esponerte en mi defensa
dos víctimas juntaria.
Tus bodas quise impedir;
tuve en mi designio azar;
osado vine á matar;
impávido iré á morir.
Ya soy del que fui distinto;
debo á mi nombre respeto:
el hijo del Luz es nieto
del rey Flavio Recesvinto.
Mi muerte la potestad
quebranta de mi verdugo:
si vivo, te aguarda un yugo;
si muero, la libertad.

LUZ. ¡Oh bizarras espresiones
en que su estirpe refleja!
Lo mismo al padre semeja
en ánimo que en facciones.
Mas y mas con tu denuedo
se acalora mi cariño,
y aprendo valor de un niño,
y nada me infunde miedo.
Esa canalla soez
te busca: no te amedrentes,
hijo mio: los valientes
no mueren en la niñez.
Pero tampoco es valor
ir el riesgo á provocar.
Entra allí: voy á tratar
de salvarte... con honor.

PEL. Y si no, no saldrá falso
este brio prematuro.

LUZ. Yo, mi bien, yo te aseguro
que no hay para ti cadalso. (*Vase Pelayo.*)

ESCENA VI.

LUZ. *Luego* AZAEL.

LUZ. No quiero tentar á Dios:
veré antes al rey. (*Sale Azael.*)

AZAEL. Princesa,

cosa que al rey interesa,
quiero decírosla á vos.

LUZ. Sígueme, si es que te agrada.
Voy allá.

AZAEL. No os dejarán:
tiene órden un capitan
de prohibiros la entrada.

LUZ. ¿A mí?

AZAEL. Sobre su cabeza.

LUZ. (*Aparte.*) Imposible que revoque
el fallo.

AZAEL. En sonando un toque
de trompa, que con presteza
me han dicho que sonará,
entonces audiencia franca
nos dará el rey.

LUZ. (*Aparte.* ¿Quién le arranca
el perdon no entrando allá?)
Pero... ¿y si una carta empleo?...

AZAEL. Todo aviso lo desdeña
el rey, mientras no hagan seña
de que han sorprendido á un reo.

LUZ. (*Aparte.* ¡Un medio me queda solo!)
Di ya, di.

AZAEL. El pueblo israelita,
vejado con inaudita
crueldad, obra con dolo.
Espía de Muza entré
aquí: él prepara un ensayo
de su fuerza: vi á Pelayo,
y á venderos renuncié.
Su madre sois, al monarca
os unís, y me merece
amor cuanto pertenece
al niño que hallé en el arca.

LUZ. ¡Buen Azael!

AZAEL. De un amigo
sé que estallará un tumulto
esta noche, y que anda oculto
disponiéndolo Rodrigo.
A nadie quiero dañar:
del caso estais advertida:

ved cómo sin una herida
se puede el golpe burlar.

LUZ. Gracias. ¡Oh! yo en mi alma leo
lo que me toca cumplir.

(*Llegándose á la puerta por donde entró Pelayo, que es la de las cortinas.*)

Hijo, ya puedes salir.
Retírate, buen hebreo.
(*Entra Azael donde estuvo Pelayo.*)

ESCENA VII.

PELAYO.—LUZ.

PEL. Voces oí de la gente
que en mi busca juzgo que anda;
pero mi aliento se agranda
para hacer al riesgo frente.

LUZ. ¿Qué riesgo, hijo? Ya cesó.
Con un paso que yo dé,
te salvo... mas no podré
verte luego.

PEL. ¿Cómo no?

LUZ. Así el lance se gobierna.
¿Para qué lo he de esplicar?
No vuelvas á conspirar:
fia en la justicia eterna,
y perdona generoso
al que hace tu vida amarga:
llega un dia en que descarga
Dios el brazo poderoso.
Siempre en la memoria ten
á Geroncio y al judío:
te sacó infante del rio,
y hoy te servirá tambien.

PEL. ¿El á mí?

LUZ. Cuando se oyere
la trompa, sal; pero sea
vistiendo la ropa hebrea
de Azael.

PEL. ¡Madre!

LUZ. Lo quiere

tu madre.

PEL. No has de querer
afrentarme.

LUZ. Sufra en paz
ese ominoso disfraz
quien tomaba el de muger.

PEL. ¡Ah! perdon. (*Confundido.*)

LUZ. Yo te le pido,
si te afligí por vencerte.
Sintiéra mas que la muerte
que te fueras resentido.
No lo estás: ¿no? — Ea: el plazo
hasta vernos tardará
mucho tal vez: bien será
darnos el postrer abrazo.

PEL. Madre, ¡el postrero! ¿Qué dices?
¡Qué llanto!

LUZ. Es de ánimos tiernos...
Cuando volvamos á vernos,
¡seremos ya tan felices!

PEL. ¡Madre!

LUZ. (*Llevando á su hijo hasta la puerta de la cortina.*)
Vé, y sígate en pos
la dicha en mar y campañas.
¡Pedazo de mis entrañas!
¡Luz de mis ojos! A Dios. (*Éntrase Pelayo.*)
¡Protégele, cielo santo,
que en mi corazon penetras!
Quiero trazar unas letras...
Llégase á un bufete y toma unas tablillas que hay en un azafate.)

VOCES DE SOLD. (*Dentro.*) Entremos.

LUZ. Vienen. El manto...
(*Coge un velo magnífico de otro azafate, y éntrase precipitada por el corredor, cubriéndose el rostro.*)

ESCENA VIII.

VITIZA, GERONCIO *y* SOLDADOS, *por la puerta principal. Geroncio sale el primero, y no reparando en otra puerta que la de las cortinas, se coloca delante de ella.*

SOLD. (*Dentro.*)
Entremos.
GER. (*Saliendo.*) No, parad.
VIT. (*Saliendo con los soldados.*) Seguid.
GER. (*Delante de la puerta.*) Detente,
rey, en nombre de Dios.
VIT. Sufra el castigo
de su traicion Pelayo.
GER. Es inocente.
Nunca fué partidario de Rodrigo.
VIT. Ellos le aclaman su caudillo á voces,
y han roto de esa estancia las paredes
para triunfar con él. Entrad veloces.
Apártate: no es tiempo de mercedes.
GER. (*Gritando.*)
¡Princesa! ¿dónde estás? Salva á Pelayo.
VIT. Presentadme sus miembros por despojos
antes que salga Luz y en llanto rompa.
GER. Mercenarios, atrás.
(*Tocan á la derecha la trompeta.*)
VIT. Sonó la trompa:
Libres de un enemigo estan mis ojos.
Allí le han muerto.
(*Señalando la puerta del corredor.*)
GER. ¡Oh Dios!
(*Éntrase en el corredor.*)
VIT. (*A un gefe.*) Ved si un desmayo
tiene postrada á Luz: velen por ella.
Vamos tras esa turba que atropella
los escalones de mi escelso trono.
A ninguno la vida le perdono.

ESCENA IX.

MERVAN. — VITIZA. SOLDADOS.

MER. Esto arrojó al caer. (*Le da unas tabletas.*)

VIT. (*Mirándolas.*) Esto lo ha escrito
Luz: aquí la traicion me revelaba
y la vida del hijo me pedia.
¿Cómo en esta mansion á Luz no advierto?

ESCENA X.

PELAYO *y* CONJURADOS, *por la puerta de la cortina.* — DICHOS.

PEL. (*Gritando al salir.*)
Madre, venid, venid.
VIT. (*Mirando atónito á Pelayo, y luego á Mervan.*)
¿A quién has muerto?
PEL. Libertar á mi madre necesito:
dámela, rey, ó tu vivir acaba.
VIT. Dámela tú.

ESCENA XI.

GERONCIO, *sosteniendo á* LUZ, *herida.* — DICHOS.

GER. ¡Socorro!
PEL. ¡Madre mia!
(*Rodéanla y colócanla en una silla.*)
MER. Me engañé.
PEL. ¿Quién te hirió?
VIT. ¡Dios me destruya!
MER. Yo pensé al hijo herir en ese traje.
GER. (*A Pelayo.*) Por tu vida tu madre dió la suya.
PEL. ¡Qué has hecho! Deja que mi mano ataje...
VIT. ¿Tú fuiste?... (*A Luz.*)
LUZ. Si; le amaba con delirio...
le quise redimir... y á mi Favila
permanecer leal.
VIT. ¡Oh qué martirio!
LUZ. Rey, yo muero: la sangre que destila
mi seno maternal, paga merece.
Paz haya entre vosotros.
VIT. Tregua corta,
no paz á mis contrarios les prometo.
Huyan, si es que la vida les importa:

ya en mí toda virtud desaparece.

(*Los conjurados dan muestras de querer retirarse.*)

GER. (*A Luz.*) Mirad al cielo y olvidad el mundo.

LUZ. El cielo por mi labio moribundo
te anuncia, rey, tu porvenir completo.

VIT. Calla... (*Azorado y trémulo.*)

LUZ. (*Con acento profético.*)
Concitarás odio profundo,
y en tu dosel Rodrigo colocado,
ni ojos te quedarán para que llores.

VIT. ¡Piedad!

LUZ. Tus hijos á nacion estraña
venderán su pais.

VIT. ¡Ellos traidores!

MER. (*Aparte.*) Ya está nuestro poder vaticinado.

GER. Ruegos aplaquen la celeste saña.

LUZ. Hijo mio... tu madre te ha salvado...
porque has de ser... el salvador de España.
(*Muere.*)

FIN DEL DRAMA.

Las producciones dramáticas de este autor publicadas hasta el dia son las siguientes.

	Rs.
Los amantes de Teruel.	8
Doña Mencía, ó la boda en la inquisicion.	8
La redoma encantada.	8
La visionaria.	8
Los polvos de la madre Celestina.	8
El amo criado.	6
Ernesto.	6
El barbero de Sevilla.	6
Alfonso el Casto.	8
Primero yo	8
El abuelito.	4
Bachiller Mendarias.	8
Honoria.	8
¡Es un bandido!	8
La coja y el encojido.	5
Las Batuecas.	8
Floresinda.	8
Funcion de boda sin boda. . . .	6
La jura en Santa Gadea. . . .	8